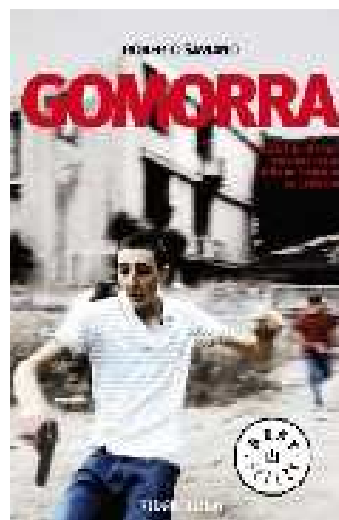


Gomorra: un viaje al imperio económico y al sueño de poder de la Camorra

Roberto Saviano, Barcelona, Ediciones DeBolsillo, 2008



Roberto Saviano, con sólo 27 años, ha preferido asumir una más que posible sentencia de muerte antes que callar frente a la ignominia, la corrupción y la podredumbre que emanan del poder ejercido por las familias del crimen organizado de Nápoles. Deseamos que la amenaza mortal que pesa sobre Saviano nunca se haga efectiva, aunque sabemos que la Camorra jamás perdona a quien desvela sus secretos.

Saviano es, sin duda, un joven muy valeroso que sabe perfectamente las consecuencias de sus actos porque su conocimiento de la Camorra es directo y personal. Sabe con quién se la juega, cuáles son las apuestas y cómo se las gastan los camorristas porque cuando vas contra la Camorra el envite ha de ser total: o tu vida o sus negocios. No hay término medio ni componendas posibles una vez que has decidido denunciarles. Y la acusación que hace Saviano, con nombres y apellidos, tiene la forma de un libro que ha tenido tal éxito (más de seis millones de ejemplares vendidos y versión cinematográfica premiada en el Festival de Cannes) que se ha convertido en un arma muy eficaz contra los camorristas.

No le falta a Saviano sentido del humor en una situación tan difícil como la que vive, con una diana dibujada en su sien. Se dice que ha escrito junto a un rapero napolitano la letra de una canción en la que se cuenta la historia de un esbirro que se prepara para asesinar a un escritor molesto que precisamente se llama como él, Roberto Saviano. Tomarse las cosas con un cierto sentido del humor, aunque sea de color negro, es un modo de decirle a la Camorra que no tiene miedo a morir, que no podrán callarle a pesar de las amenazas y que el terror, ese instrumento de control tan viejo como la humanidad, no va a torcer la brújula de su moral.

No es casualidad que el filósofo favorito de nuestro autor sea el también napolitano Giordano Bruno, un dominico que ejerció la libertad, vivió errante por toda Europa y publicó sus ideas contra el dogma escolástico porque quería ser un hombre independiente con un juicio propio, lo que le llevó a enfrentarse a la Inquisición teniendo como única armadura su ingenio y como frágil espada su pluma. Saviano sabe, como filósofo que también es, que Giordano Bruno fue acusado de herejía y quemado en la pira por orden del Papa Clemente VIII hace más de 400 años. Y también es consciente, con una lucidez que sobrecoge, que él afronta un peligro parejo al de su admirado álgar ego porque algunos clanes napolitanos van a por él, razón por la que ha tenido que abandonar Italia, vivir con una escolta permanente y sin domicilio conocido deambulando por el mundo como un apátrida, como unapestado. Cuando se le pregunta por las razones que le mueven a poner su vida en peligro Roberto Saviano gusta de repetir una frase atribuida a Giordano Bruno: "he intentado hacer todo lo que he podido."

Saviano dice que no tiene miedo de morir ni de ser ejecutado porque está convencido de que la Camorra le hará pagar su insolencia. Lo que le asusta realmente es seguir viviendo así porque

ya le han destruido. El caso de Saviano puede ser, esperemos que no, como el de Anna Politkóvskaya o el de Anastasia Baburova, periodistas asesinadas por ejercer su trabajo con integridad al denunciar la corrupción y los abusos del poder en Rusia. Estas periodistas, al igual que los casi doscientos compañeros de profesión que han sido asesinados en Rusia desde 1991, muestran con su ejemplo qué pequeños y mezquinos son algunos de los periodistas que en nuestro país se hacen llamar así cuando no son más que fabuladores encubiertos, esparcidos de cizaña y panfletistas de medio pelo a los que la verdad y la decencia les importan un comino. Por ello, para redimirnos como ciudadanos y para dar una lección a todos los corifeos que quieren que España se parezca cada día más a la Italia de Berlusconi, tenemos que sumarnos al llamamiento que hizo Umberto Eco en un programa de la televisión pública italiana en el que llamaba a no abandonar a Saviano como se hizo miserablemente con Falcone y Borsellino, los dos jueces antimafia asesinados vilmente por los criminales que pretendían encarcelar.

Roberto Saviano nos enseña que lo peor de la Camorra no es su violencia, ni que despedace con granadas de mano los cuerpos de sus víctimas para no dejar rastro de sus crímenes, ni que asesine a chicas adolescentes o a mujeres embarazadas, ni que te arranque los ojos y te corte la lengua y las manos antes de meterte una bala en el cerebro, ni que utilice cobayas humanas para probar la calidad de la droga con la que trafica. No, lo peor no es eso. Lo que resulta realmente perverso en términos sociales es que la Camorra, al igual que la Cosa Nostra, la Mafia o la 'Ndrangheta, han contaminado tanto la sociedad italiana que han terminado por envilecerla y pudrirla. La Camorra no sólo son las familias que la componen y cientos de sicarios dispuestos a asesinar por encargo. La Camorra son, sobre todo, miles de asalariados que no podían aspirar a un empleo decente en una región, Campania, abandonada secularmente por el Estado. Esos miles de asalariados de una estructura criminal, el *Sistema* como la denomina Saviano, al trabajar para las familias camorristas se convierten en cómplices colectivos de toda clase de delitos y de los asesinatos más atroces, formando una red de silencio y de connivencia casi impenetrable. La Camorra es también una tupida estructura de empresas legales en las que se lava el dinero conseguido mediante el crimen y la extorsión. Esas empresas tienen directivos bien preparados y mejor trajeados a los que no les inquieta lo más mínimo la procedencia de las ingentes cantidades de dinero que se dedican a blanquear. La Camorra es un Sistema de empresas criminales que corrompen a ciudadanos, políticos, jueces, funcionarios y policías, que controlan negocios como el de la falsificación de ropa de marca, la recogida y el reciclado de la basura, la construcción, que trafica con drogas obteniendo unos beneficios anuales del 100.000%, que controla talleres clandestinos de corte y confección, que tiene ramificaciones en importantes entidades financieras, que se dedica a prestar dinero a un interés inferior al de mercado con el fin de recibir después favores de los prestatarios, que tumba los precios de los competidores mediante prácticas ilegales y si esto no es suficiente tumba directamente a los competidores ejerciendo sobre ellos la violencia, que extiende sus tentáculos por Escocia, España, Albania, Rumanía, China... Eso es la Camorra, una sociedad paralela a la oficial, una economía criminal y sumergida con un potencial equiparable al de la economía legal, una metástasis que ha arruinado una sociedad, la italiana, y que está a punto de comprometer el futuro de otras sociedades en las que su veneno está penetrando con gran rapidez. Por eso es tan difícil acabar con ella, porque es multiforme y está en todas partes. Si cortas una de sus cabezas inmediatamente aparece otra, como si fuese una monstruosa hidra que se regenerara inmediatamente cada vez que se amputa una parte de su cuerpo.

El humus sobre el que se ha desarrollado la Camorra tiene tres ingredientes: un Estado fallido que no ha sido capaz de controlar y ocuparse del territorio del que afirma ingenuamente ser soberano, una mentalidad colectiva amante de la violencia y basada en solidaridades de tipo

tribal y un neocapitalismo descontrolado en el que siempre gana el precio más bajo, sin importar cómo se alcanza. Por ello, a la Camorra se la tiene que combatir agostando sus nutrientes, cambiando radicalmente las reglas económicas que la hacen posible, castigando la violencia de modo implacable con la fuerza de la ley, rompiendo las estructuras sociales arcaicas sobre las que se sostiene, resolviendo el problema histórico del atraso del Mezzogiorno pendiente desde la dominación borbónica y, sobre todo, con más Estado, pero guiado por una administración limpia y ejemplar. El problema es que en la Italia de Berlusconi es impensable que el gobierno reforme el capitalismo, que luche de verdad contra los clanes mafiosos y que abandere una reforma ética del Estado para que actúe allí donde es más necesario aportando justicia, seguridad y oportunidades para tantos ciudadanos olvidados. Desgraciadamente, Berlusconi y los suyos, al igual que muchos otros italianos, tienen otros intereses. Prefieren perseguir inmigrantes con el apoyo del ejército, ser inmoralmemente ricos, utilizar los bienes públicos con fines personales, hacerse leyes a medida para que sus fechorías queden resguardadas de la acción de la justicia y vivir en un harén rodeados de prostitutas de lujo mientras cantan y tocan la mandolina. Desgraciadamente esta es la parte de Italia que ha triunfado, para escarnio de la otra parte que, además, ha sido incapaz en los últimos años de construir una alternativa política organizada, creíble y competente.

Emilio Alvarado Pérez